

estudios

La situación en la sociedad actual, de los Institutos y Universidades

PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN.

La afluencia de estudiantes a los centros de enseñanza media y superior, creciente en estos últimos años, pero que, por lo que respecta a la Universidad, ha remitido un poco en el presente curso, ha despertado en los gobernantes y en los docentes de todo el mundo una preocupación muy viva, tanto por el desajuste que ha producido entre la capacidad de los centros, el número de profesores y la creciente marea de alumnos, como por el temor de que una formación orientada hacia la selección tuviera que transformarse en otra que pudiera satisfacer los intereses de una verdadera masa escolar, con objetivos y preocupaciones muy diferentes, lo que podría originar con el tiempo problemas de orden profesional y social de gravísimo alcance.

Como el fenómeno se ha registrado en todo el mundo, aunque con las naturales excepciones y variantes que la diferencia de países imponen, se ha replanteado forzosamente el problema del papel que esos centros, y muy especialmente las universidades, juegan en el conjunto social y si resultan o no adecuados a las necesidades de nuestra época. El planteamiento del problema lleva consigo la necesidad de encontrar una solución y, en caso de ser varias, por cuál optar. En este punto me parece que hay que contar con las peculiaridades de cada país y de aquello que va con el genio de la raza, según la tradición muestra, no en su repetición extática, sino en su vivo fluir.

Es muy posible que no se encuentre la solución de golpe, sino que se imponga el ensayar. Por mi parte, no tengo el secreto de la solución ideal; pienso más bien en reajustes parciales, que, al ser contrastados con la realidad, acusen su bondad y su eficacia por los resultados obtenidos. No voy a presentar, pues, ninguna teoría de la Universidad, que supondría un saber absoluto sobre realidades sociales de suyo mudables, y que, por lo tanto, no lo permiten, a mi juicio. Ningún apriorismo, pues; ninguna doctrina de vanidosa suficiencia, sino unas modestas y "realistas" reflexiones sobre la situación actual y la necesidad que impone de dar algunas salidas; no precisamente una solución, sino más bien varias posibilidades. Si una dedicación a la enseñanza, ya bastante larga, autoriza a tomar la palabra públicamente, no significa esto que forzosamente se acierte. Pero los que toman parte en un trabajo o en un juego son los que con un conocimiento más inmediato pueden hablar de él. Más inmediato, pero no acaso más abarcador y completo, pues el estar me-

tido dentro puede aumentar ciertos detalles y borrar o empequeñecer otros, falseando la perspectiva del conjunto. Por esto sería conveniente que varias voces fueran escuchadas, y entre ellas las que por ver el conjunto y no los detalles—es decir, por estar fuera y no dentro—permitirán corregir los errores de perspectiva. Aun desde dentro, las visiones del profesor, del escolar, del padre de familia cuyos hijos cursan estudios, pueden dar conjuntos o aspectos muy diversos que no se pueden olvidar.

Como se ve, lo que pretendo es plantear un tema actual e importante para todos, y no definir *ex cathedra* lo que la enseñanza es y debe ser. Pues si la llamada se escucha, yo seré el primer atento "oidor" que escuche a todos como si no hubiera hablado antes de juzgar sobre las diversas soluciones que puedan proponerse.

No se me oculta que algunas de las mejoras deseables no dependen sólo de la buena voluntad de implantarlas, sino que se tropieza con la capacidad limitada que la realidad económico-social y cultural de cada país impone. Por muy "realista" que se quiera ser, hay siempre un margen de utopía en los proyectos humanos, pero este afán de lejanía o de perfección da siempre mayor impulso a lo emprendido y, por lo común, se consigue llegar más allá de lo que se conseguiría apuntando demasiado cerca, con una visión miope de la historia y de los siempre inesperados recursos que halla el hombre cuando las dificultades verdaderamente le apremian.

Aunque quisiera referirme más especialmente a las Universidades, no puedo pasar por alto el hecho de que, casi hasta el presente, el Bachillerato se ha orientado a la Universidad, y habrá que decir algo sobre esta especial forma de enseñanza media y sobre el viaje que actualmente se observa en la finalidad que se persigue con estos estudios.

LA ENSEÑANZA MEDIA EN EL BACHILLERATO.

El tema total de la llamada Enseñanza Media—que no es tal, cuando se le da un fin en sí misma y no resulta intermedia entre la enseñanza primaria y la superior—es tan vasto, complejo y aun pavoroso, que no es mi propósito tratar, como de pasada, en un artículo, cuestión que exige mucho estudio, ponderación y aplicación cautelosa, sino referirme sólo al tipo de este grado de enseñanza que habitualmente ha sido paso para la superior, con objeto de hablar, luego, de ésta más fundadamente.

La afluencia de alumnos a los centros de enseñanza media sigue creciendo. En principio, el afán de adquirir unos conocimientos o un título es un índice de vitalidad y elevación del nivel de vida. Son cada vez más los padres que quieren y pueden—amparándose sin duda en la generosa política de protección escolar—que sus hijos cursen el bachillerato; a ser posible todo el bachillerato, aunque sin el curso pre-universitario, pero si esto no lo consiguen, al menos el bachillerato elemental. Incluso los Centros de Enseñanza Media y Profesional, que se llaman corrientemente Institutos Laborales, fueron entendidos como un medio para cursar unos estudios de Bachillerato, y ya se sabe cómo se utilizan para conseguir el tí-

tulo de Bachiller elemental. Aunque se explicó que tenían una finalidad propia y una orientación diferente, estas explicaciones no apartaron a los padres de su objetivo fundamental: conseguir en su propia localidad unos estudios de bachillerato. Posteriormente se ha conseguido algo, pero no se ha olvidado el ambicioso objetivo de utilizarlo como un primer peldaño para la enseñanza superior, en algunos casos, o, al menos para conseguir, después, el título de Bachillerato Superior.

Ante tan decidido empeño, casi obsesivo, no hay prácticamente razones. No es sólo que el título de Bachiller parezca útil para la vida—preparación de oposiciones en que se exige, etc.—, sino que un impulso profundo lleva a conseguir lo que se considera un peldaño más alto en la sociedad. Hay padres que desean que sus hijos sean bachilleres, sin explicarse bien por qué lo quieren. Lo quieren y basta.

De no cambiar la situación social bruscamente, el número de estudiantes de bachillerato seguirá creciendo y alcanzará—en algunos centros ya lo alcanza— el carácter de gran masa escolar.

Pero ni los edificios, ni los planes de estudio, ni el material, ni el profesorado están preparados para esta situación, sino más bien organizados para realizar una función selectiva y para educar a los seleccionados. Como la situación se replantea en la Universidad, merece ser considerada.

Los centros de enseñanza media no oficiales se han multiplicado y tienen hoy en sus aulas a la mayor parte de la población escolar. Estos centros han de resolver sus problemas particularmente, dentro de los requisitos exigidos por el Estado para su reconocimiento o autorización y bajo la vigilancia de la Inspección de Enseñanza Media. No deja de plantearse la cuestión del número de alumnos y la necesidad consiguiente de desdoblamiento de las clases y aumentar el profesorado y el material.

Estos problemas resultan aún más agudos en los centros oficiales. El reciente aforo de las aulas de los Institutos señala la necesidad de su ampliación, pues no parece justificado que a un alumno se le niegue la entrada en un centro oficial por falta de capacidad material del mismo, ya que puede tratarse de un alumno de escasos medios económicos para costearse sus estudios en un colegio. Aún resulta más grave la falta de profesorado, pues impide muchas veces el desdoblamiento de clases. El número de aulas también resulta insuficiente. No sé si será posible remediarlo, pero el hecho de que un centro no disponga de los ayudantes de clases prácticas o del profesorado auxiliar necesario porque no está en su plantilla y el centro no dispone de medios económicos para remunerarlo, impide por completo una enseñanza eficaz. Como las realizaciones humanas son siempre personales, el mejor plan de estudios resultará malo, si no se dispone de un profesorado competente y suficiente.

Hay muchas cátedras vacantes, especialmente en algunas disciplinas, lo que contribuye a la escasez de personal. En ciertos Institutos apenas hay titulares. ¿No sería posible organizar el sistema de oposiciones, señalando cada año las vacantes que deben cubrirse, según la mayor urgencia y el mayor nú-

mero de ellas, así como los Institutos más "vacíos"?

Indudablemente, cubrir todas las necesidades de personal docente, material de enseñanza y edificios capaces y adecuados, supone considerables gastos. En edificios se ha hecho bastante, pero queda mucho por hacer. Lo que cabe preguntar es si no vale la pena aumentar el presupuesto de Educación Nacional para estas atenciones, donde se han de formar los españoles de mañana.

Otro problema lo constituyen los exámenes. Cuando la masa escolar crece es muy difícil realizar pruebas eficaces en los exámenes de Grado, aunque éstos se reglamenten, como se ha hecho, con gran precisión. La preocupación de las autoridades ministeriales en este punto es evidente y su propósito de mejorar las pruebas. Pero es imposible evitar cierta impersonalidad y cierto apresuramiento, ya que, por largo, resulta impracticable el contacto directo en un diálogo en que preguntas y respuestas pueden ser finamente matizadas y valoradas. Lo que puede temerse es que las cosas no queden en el punto en que están ahora, si el crecimiento de la población escolar sigue en ritmo acelerado. Se puede llegar a un automatismo de pruebas, que hay que evitar en cuanto sea posible.

Dadas todas estas circunstancias, cabe preguntar: ¿Se puede mantener el Instituto clásico, con propósito selectivo? Parece difícil, si se atiende a la demanda general. Podría mantenerse, pero anquilosado, es decir, fuera de la corriente circulatoria de la sociedad. Mantener una institución un poco contra marea puede ser a veces útil, pues se regula la excesiva y por lo común peligrosa aceleración. Pero no puede mantenerse indefinidamente. ¿Cabe mantener sólo un grupo de centros de selección y orientación tradicionales, como se hace por ejemplo en Holanda, donde se dan una variedad de *Gimnasios*, de diverso alcance, con cuatro, cinco o seis cursos, y sólo en estos últimos se da una formación completa que corresponde al bachillerato tradicional? Esto sería un compromiso posible.

En todo caso, el sistema riguroso que hoy rige para cubrir las cátedras sólo debería mantenerse para los centros superiores de selección. El resto de los profesores—que deberían ser muy numerosos—no necesitarían pruebas tales como las oposiciones actuales, ya que su papel de enseñanza colegial y—en los primeros cursos— casi de maestro de escuela, no justificaría este modo de selección.

LA SITUACIÓN DE LA UNIVERSIDAD.

La pregunta inicial se empalma con la que late en todo lo dicho sobre los Institutos: ¿Responde la Universidad actual a lo que pide de ella la sociedad en que está inserta?

Nos inclinamos a pensar que en parte sí y en parte no. Sigue respondiendo en cuanto a la formación superior y selectiva, que la sociedad actual exige todavía. Pero está siendo rebasada, como lo prueba la creación de las Universidades Laborales—mantenidas de momento al nivel de la enseñanza media— y de la Escuela de Periodismo; es decir, de cen-

tros de formación que responden a las necesidades de la vida actual y no están encuadrados en las Facultades clásicas.

Y vuelve a formularse la pregunta: ¿es preferible mantener la Institución en su forma tradicional, con el consiguiente peligro de anquilosis, o debe abrirse e integrar a todas las nuevas posibilidades formativas?

No cabe duda que la nueva ley sobre las Enseñanzas Técnicas ha sido una apertura importante. Se ha observado que las nuevas posibilidades de orientación hacia la técnica, sin más que ser anunciadas, ha disminuido la matrícula de algunas Facultades congestionadas injustificadamente, como la de Derecho. Recordamos, por otra parte, la tremenda baja de matrícula de la Facultad de Veterinaria. Otras Facultades, como la de Filosofía y Letras, han registrado más bien un alza en el número de sus alumnos y un aumento—considerable, si se compara con el de hace diez años—del alumnado masculino; todo esto a pesar del carácter poco práctico que en general se atribuyen a estos estudios. Creo que la explicación está en que son estudios vocacionales en los que no rigen las apetencias de la mayoría, sino las inclinaciones minoritarias. El aumento general de la población universitaria supone así un aumento proporcional, y no exagerado, de esta minoría. Hay que añadir, acaso, un motivo práctico: la creciente demanda de profesorado en las enseñanzas de grado medio, que aun sería mayor si aumentase en el número que las necesidades docentes lo piden, como antes se dijo, respecto del profesorado oficial.

El caso es que la invasión de la Universidad por la masa, que parecía inminente, dado el crecimiento de la matrícula en estos cursos pasados, parece haber remitido, o, al menos, haberse encauzado en forma dominable.

No sabemos si el movimiento actual cambiará de rumbo. Supuesto que se mantenga, todavía durante bastante tiempo la Universidad podría sostener su carácter clásico de formación y selección. Siempre, claro está, que otros centros atiendan a las profesiones que no son abastecidas por las universidades.

Pero, aun manteniéndose esta situación—que por lo demás no es igual para todos los países—, la Universidad actual necesita, al menos en algunas Facultades, mayor riqueza de personal y medios. Sin contar Madrid y Barcelona, siguen dándose en ciertas Facultades, como las de Medicina y Derecho, clases de 100 a 300 alumnos. Aunque para la realización de las prácticas estos alumnos se dividan en grupos, ¿es posible dar clases teóricas eficaces a la totalidad de los alumnos de estos cursos tan numerosos? Evidentemente, no. Sobre que no suele en muchas Universidades encontrarse aulas capaces de contenerlos materialmente. Sin duda, esto se podría remediar duplicando los titulares de algunas cátedras y aumentando considerablemente el número de profesores adjuntos. Aquí se impone con urgencia un remedio.

No sólo ocurre que las cátedras de alumnado numeroso precisen más de un adjunto por disciplina, sino que se da el caso insólito de que materias absolutamente diferentes, como la Literatura y la Filosofía, en los cursos comunes de Filosofía y Letras,

disponen sólo de una adjuntía. El absurdo salta a la vista, pues no sólo se requiere distinta especialización, sino incluso diverso temperamento. Parece que bastaría hacerlo observar para que tal anomalía se corrigiese. Sin embargo, no vemos que sea así. Hacen falta medios, no cabe duda; ¿pero hay algo más importante que impida que, en la distribución presupuestaria, estos medios aumenten?

El problema de los ayudantes de clases prácticas se resuelve mejor en la Universidad que en el Instituto. Se ha logrado un avance considerable en la adquisición de libros, para poner un poco al día las bibliotecas de provincias; algo menos se ha conseguido en las revistas, sobre todo las extranjeras; la situación del mundo ha dificultado también su adquisición.

Los planes de estudio son rígidos; los alumnos se encuentran con un cuadro de asignaturas prefijadas, sin posible opción. Seguramente en algunas Facultades esto es conveniente y aun necesario. Hay que contar también con los factores psicológicos que determinarían la opción. Pero en las Facultades de Ciencias y de Filosofía y Letras creo que podría dársele a los cuadros de materias mayor flexibilidad, como lo prueba el ensayo, realizado con éxito, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, bajo el decanato de García Morente. Me consta que se han hecho propuestas en este sentido, pero, que yo sepa, no se ha repetido el ensayo.

Otra cuestión de interés se plantea al tratar de compaginar la docencia con el trabajo de investigación. Puede elegirse, entre una dedicación plena a la docencia, al modo anglosajón, o una limitación del trabajo docente en los investigadores, que expondrían en cursos monográficos el resultado de sus trabajos, o darían sólo cursos especiales—dos o tres horas por semana, por ejemplo—. Lo que resulta difícil es exigir que se den cursos completos, de modo que la necesidad lleva a dar dos o tres horas diarias de clase y se incite al mismo tiempo a la investigación. No digo que la reducción de la docencia se tome como norma general. Habrá catedráticos que prefieran dedicarse a esta labor. Digo sólo que se tengan en cuenta los casos de vocación investigadora, que una cátedra no abarque dos o tres disciplinas y que no sea preciso lograr por medio de acumulaciones alcanzar una remuneración decorosa, que debe darse sólo por la explicación de la personal especialidad. Es difícil darse cuenta de la tarea agotadora que realizan hoy muchos profesores por las personas que ejercen otras profesiones. Pero los que, sin pertenecer al ámbito docente oficial, pero sí a la profesión, conocen la situación, opinan que el sistema debe ser revisado.

Puede también mantenerse la dedicación plena a la docencia y separar de ella a los que demuestren su vocación investigadora, manteniéndole por ella sus retribuciones, como ya se ha hecho en algunos casos. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas orienta la labor investigadora. Pero, salvo sus becarios, los puestos directivos son ocupados por el mismo profesorado, más bien con carácter de tarea suplementaria, en su retribución y dedicación.

Desde luego, la tarea es larga y no puede preten-



derse una solución rápida. Pero el interés de las autoridades universitarias es notorio, y, como se ha conseguido en lo que va de siglo una considerable mejora en el profesorado en general, es de esperar que las limitaciones y dificultades con que hoy tropezamos vayan encontrando adecuadas soluciones. Algunas, sin embargo, son urgentes. La voluntad de encontrar el camino mejor, es importante y supone, por lo menos, situarse en la dirección deseable. Recorrer el camino y mejorar la enseñanza en su tota-

lidad exigirá más tiempo. Se implican cuestiones que escapan al ámbito de la enseñanza, como por ejemplo las posibilidades reales de la riqueza nacional y la situación actual del mundo. Se implican asimismo problemas profesionales y sociales. Pero la solución de lo más urgente y la necesidad de ir avanzando en lo demás no es un capricho ni un interés meramente profesional y de clase, sino un interés nacional y cultural.

EUGENIO FRUTOS.

Acción educativa del Sindicalismo

I. LOS SINDICATOS ANTE EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN.

El problema de la educación entre nosotros tiene una profunda y delicada raíz política. Si se acepta que España es un país sin futuro, versión pesimista del realismo de cortos alcances, se continúa el ritmo adormilado de la existencia española de otros tiempos. Se consagra la espontaneidad como forma de producirse socialmente y todo esfuerzo es innecesario. Es la actitud de los momentos de decadencia y de abandono. Por el contrario, la creencia de que España tiene ante sí un camino a recorrer y que los españoles pueden aspirar a alcanzar unas formas de vida superiores a las que habían venido conociendo, concita la voluntad de vencer aquella espontaneidad carente de iniciativa y de futuro.

Uno de los instrumentos más interesantes en que se concreta esta voluntad creadora es la educación. Durante un período de agobiadores lustros la sociedad española ha vivido de espaldas a la educación. Todavía continúan haciéndolo los sectores rutinarios. La educación ha estado confiada exclusivamente al Estado, la familia misma vive de espaldas a toda pretensión educativa. Las cosas comienzan a variar, los hombres que creen en el futuro de España y de los españoles han iniciado una acción de cuya vastedad no se percata bien el país.

Hablar de la labor educacional de los sindicatos parecerá extraño a muchos y no puede negarse que en la vida de la nación los sindicatos tienen un haz de preocupaciones y cometidos perfectamente definidos, ajenos a esta tarea educativa. Pero su gestión ha alcanzado tal volumen de realizaciones que su presencia en el acontecer del país llega a las esferas más diversas y afecta de modo muy directo al aspecto educativo.

No podía menos de ser así. Porque la educación es uno de los más graves problemas que afectan a las masas trabajadoras españolas abandonadas en sus aspiraciones de conseguir el perfeccionamiento que los instrumentos de educación proporcionan. Realmente se trata de las derivaciones particulares del problema general de España y de su estructura social, rígida y cerrada. La población española ha estado siglos encerrada en compartimentos incomuni-

cados, sin posibilidad de tareas distintas de aquellas que la esfera de nacimiento señalaba para cada uno. La sociedad ha mantenido una estructura estática. Ahora las cosas han cambiado. Hay una multitud de síntomas indicadores de que estamos viviendo nuevas formas sociales. La violencia del movimiento migratorio, que ha producido un vertiginoso crecimiento de las grandes ciudades españolas, la plétora universitaria, la presión que la demanda ejerce sobre la economía y otros muchos rasgos de la vida cotidiana acreditan un cambio de pulso, una puesta en marcha hacia una sociedad definitivamente dinámica. Tan amplia y generosa que sea capaz de ofrecer a cada hombre la oportunidad de situarse según su capacidad y no según su origen.

La Organización Sindical, en defensa de las necesidades de sus afiliados, hace ya años que comprendió la urgencia de una decidida acción educativa. De acuerdo con esta inquietud fué trazando sus planes hasta llegar al actual número de 22.608 becas, con un total de inversiones de 242.853.224 pesetas.

En la distribución del dinero para la tarea de elevar el nivel de vida de las masas trabajadoras españolas no ha quedado desatendido ningún sector de la educación. Desde las escuelas primarias hasta las becas para cursar estudios superiores en las Universidades y Escuelas especiales, sin olvidar actividades artísticas, como la música, el canto o la danza. Aunque, naturalmente, la mayor parte de las cantidades destinadas a la educación lo son a obras de formación profesional. Resulta lógico que se considere como más importante facilitar medios a los hijos de trabajadores para convertirse en obreros especializados. Con ello, al mismo tiempo que se ayuda a los interesados a conseguir una perfección profesional que el aprendizaje en talleres difícilmente consigue con la debida perfección, se crea una auténtica riqueza nacional, elevándose el poder productivo de las masas españolas. El ejemplo del llamado milagro alemán es sumamente aleccionador sobre la importancia que la preparación del material humano tiene en el desarrollo y en la recuperación de un alto nivel de vida. Hoy es verdad comúnmente admitida que una de los riquezas más importantes de un país es disponer de una gran masa de especialistas.

No basta la tradicional laboriosidad del obrero español para que consigamos una economía fuerte. Es preciso, además, que se halle convenientemente dotado para hacer frente a las necesidades de los modernos procesos productivos. El trabajo se convier-